El hijo del frío

Francisco José Stevan

Image not found.

Capítulo 1

El hijo del frío

El crepúsculo se atisbaba a mis espaldas mientras caminaba hacia el viejo edificio apenas iluminado por unos faros de luz opaca. El asfalto estaba húmedo y, al estar seriamente dañado, en varios sectores había huecos en los que se habían formado charcos de agua. Mis zapatos no dejaban de producir sonidos a cada paso. Los ladrillos a la vista y las ventanas cegadas del exterior edificado daban una sensación de escuela abandonada. Ahora servía como un centro cultural, o algo similar, en el que se permitía el establecimiento de distintos cursos y talleres, además de reuniones especiales como alcohólicos anónimos y todo tipo de rehabilitaciones. No obstante, a pesar de que el formato debía ser algo ridículamente familiar, yo iba a otra cosa.

Al llegar al umbral, atravesé la puerta con decisión. Esta se resistió un poco y, a cada centímetro que se abría, las bisagras de hierro oxidado chirriaban como si estuvieran a punto de partirse. Extraño que estuvieran así en un lugar concurrido, pensé, pero rápidamente me pasó por la cabeza que nadie se preocuparía por el estado del mobiliario. En el interior, la luz era aún más pobre. Parecía el pasillo de un hospital de noche, de esos en los que una luz titila sin lograr decidirse por mantenerse encendida o apagarse para siempre. A su vez, como los hospitales, las paredes tenían dos franjas, con el amarillo opaco en el inferior, sucio por el tiempo que había pasado desde la última pintada, y en el superior un blanco que seguramente había sido brillante en un inicio, pero que ahora, con la humedad y los insectos, era más bien gris y lleno de telarañas. Mi caminar producía ecos y traté de evitar que la curiosidad me moviera a ver el interior de las aulas desocupadas. En algunas había carteles con sus funciones mientras que otras simplemente estaban cerradas. No quise imaginarme la cantidad de arañas y cucarachas que habría allí, producto de tan poco cuidado humano. Aunque pareciera un edificio olvidado, solo le faltaba cuidados, ya que presencia había, escasa, pero suficiente. Me pregunté si pertenecería a la misma municipalidad o los antiguos dueños se lo hubiera donado, siendo estos incapaces de afrontar el mantenimiento que requería. Tal vez lo averiguaría más tarde, simplemente para mantenerme ocupado.

Me detuve casi al final de un corredor que se desplegaba del anterior hacia la izquierda. Allí había una puerta en tan mal estado como todas sus hermanas. Sobre el acristalamiento de esta había una hoja pegada con cintas que rezaba “Encuentros con lo Paranormal” a base de un marcador con apenas tinta y grosor. Al encontrarme frente a él, dudé de tomar el pestillo, de si eso me serviría de algo, mas me puse a pensar al instante en qué perdería al intentarlo y la respuesta era nada. Tiempo tenía y la desesperación por solucionar mi problema era más fuerte. Tal vez

conociera a alguien que sufriera del mismo mal que yo; tal vez esto, tal vez lo otro; tal vez tantas cosas. Finalmente lo tomé y lo giré, adentrándome en territorio hostil hasta entonces.

La habitación a la que entré era el conglomerado de dos aulas, unidas al tirar abajo una pared. La unión aún se notaba por la acumulación de polvo, pintura y algún que otro pedazo de yeso que se olvidó retirar. La sensación de encierro era notable y la humedad se sentía hasta los huesos. Era un lugar inhóspito. En el centro un círculo de sillas ya se había formado y algunas se encontraban ocupadas. Cinco personas conformaban la concurrencia actual del grupo. Uno de los hombres, prácticamente calvo, salvo por unos escasos pelos marrones a los lados de su cabeza, y con un bigote frondoso que trataba de compensarlo trató de darme la bienvenida con entusiasmo, pero solo logró aumentar mi desconfianza hacia la finalidad de dicha sociedad. El hombre tenía la costumbre de no mirar a la persona con la que hablaba y se la pasaba moviendo sus ojos hacia los lados, como si tuviera miedo de mantener contacto visual. Su voz le temblaba y era muy inseguro de sus palabras, incapaz de convencer a nadie. Por suerte para él, yo no necesitaba una razón para estar, pues ya la tenía.

Me senté en la primera silla que alcanzó mi mano, mientras el hombre me seguía motivando desde atrás, casi aplaudiendo y repitiendo bienvenido unas cuantas veces más. Los otros "compañeros" del grupo eran un gordo de los que salen en las películas, de esos que visten mucho jean, incluso en una chaqueta de mangas cortas, sobre una remera amarillenta; un hombre muy flaco, con pelo negro, corto al ras, que siempre pronunciaba la boca en un puchero, como si tuviera un trauma que rememorase una y otra vez, con miedo, y muy nervioso, incapaz de mantener la mirada en un solo punto, siempre perseguido; una mujer que bien podría ser la pareja del primer hombre, rara, con una actitud muy soberbia, de pelo rojo teñido y muchos piercings, completamente vestida de negro; y, finalmente, otra mujer, más joven que la anterior, que desentonaba completamente de todo, vestida elegante, prolija, con buen algodón, luciendo anillos y aros que ninguno en la sala podría costear, con un maquillaje fuerte, pero no excesivo. Me sonaba familiar, mas no la ubicaba. Hace mucho que no veía una mujer así porque no era esbelta, tenía una cara larga con facciones afiladas, y, a pesar de ello, mantenía una presencia fuerte, casi como atrayendo la mirada de uno como un imán.

Algunos contaron las historias típicas, de encuentros con aliens o apariciones. La mujer de negro había mantenido relaciones sexuales con todos los viajeros de un OVNI, contando todo mero detalle, sin contener el morbo; el perseguido había perdido a su madre por el fantasma vengativo de su padre, quien en vida había pasado sus días bebiendo y lastimando a su familia hasta que a su mujer se le había caído un cuchillo justo en su garganta, como si fuera un trágico accidente. Otras historias más se

sucedieron y fue el turno de la muchacha. Se encontraba con dudas y miró a todos para buscar algo de valor.

—No es necesario que cuentes nada que no quieras —se apresuró a decirle el organizador de la reunión, el semi-pelado de gran bigote.

—No, no —le contestó apresurada, con la voz dubitativa—, estoy bien, puedo… debo.

Se relamió los labios y volvió a mirar la sala. Se sentía desubicada en aquel lugar, pero había algo en su actitud que me hacía pensar que, como yo, debía estar allí. Su voz, por alguna razón, me hizo recordar la causa de mi mal. No comprendí por qué, aunque tal vez lo supiese al escuchar su historia. Puede que fuera algo similar a la mía y por eso me sentía atraído a su presencia.

—Mi historia comienza cuando tenía quince años —comenzó a relatar, mientras parecía tragar saliva y juntaba las piernas, para inclinarse hacia delante y mirar el suelo—. Mi familia era muy unida, mis padres eran buenos, cariñosos, y tenía un hermano menor. Siempre lo burlaba, lo trataba de tonto… de tonto tenía poco, pero yo era una adolescente, egoísta, presumida, que pensaba que todos los chicos eran tontos, especialmente mi hermanito —una lágrima corrió sobre su mejilla y con ella un poco de maquillaje—. Él siempre se quejaba de que en su habitación había algo, alguien y que en las noches siempre hacía frío… Yo lo trataba de miedoso, de fantasioso. Varias veces entré a su habitación a la mañana y el frío era algo que se notaba, pero la ventana siempre estaba abierta, así que lo atribuía a eso.

"Él venía quejándose de ello durante varios años y, cuando yo tenía quince, ya tenía diez años y seguía con la típica queja de cambiarle la habitación. Mis padres ya no sabían qué hacer, lo habían mandado al psicólogo y todo, pero el frío se mantenía… El frío siempre estuvo presente en esa habitación; incluso si mis padres iban y cerraban la ventana, a la mañana siguiente volvía a estar abierta. Algo pasaba, era obvio, pero en mi estupidez pensaba que mi hermano o lo hacía adrede o era una costumbre suya estando dormido —la joven se exasperó consigo misma, se tiró hacia atrás mientras se mordía los labios; sus ojos ya estaban rojos por la fuerza con la que contenía las lágrimas y el rímel corrido—. En numerosas ocasiones se lo dije en la cara, casi riéndome. Era muy cruel con el pobre.

"Mis padres se hartaron también de mi actitud, por lo que le cambiaron el cuarto por el mío. Era un buen castigo si me lo pongo a pensar, si hubiera sido todo una broma o una fantasía —el miedo nació en su mirada, mientras volvía a mirar a todos con unos lamparones negros. Era notable como había cambiado su rostro en tan poco tiempo. Y ese se me hacía aún más familiar—. La primera noche en la que dormiría en su cama sería

la última noche que viví con mi familia… Me fui a dormir muy confiada, aún bromeando con mi hermanito, diciéndole que era un miedoso y que iba a ver que en mi cuarto le pasaba lo mismo, que era él el del problema. Me reí a más no poder cuando él me dijo que el frío ya me demostraría lo contrario. Qué tonta… —se quedó en silencio, mirando la nada, recordando, durante unos segundos antes de continuar—. Fui a dormir tarde porque, a pesar de que no tenía miedo, tampoco tenía muchas ganas de dormir en una cama que no era la mía. Era muy egoísta y me fue insoportable el momento del cambio.

"Cuando me acosté, la oscuridad era absoluta; cerré la puerta de la habitación y no encendí ninguna luz, ya que la cama estaba a pocos pasos de la puerta. Esa noche hacía calor, era verano y como estaba segura de que no pasaría nada, solo abrí las mantas y las sabanas para dejar la cama al descubierto y dormir fresca. Tal vez eso empeoró todo. Recuerdo que me quedé dormida sin problemas, pero en algún momento de la madrugada me desperté sobresaltada, helada.

"No podía mover ni mis brazos, ni mis piernas, mucho menos pronunciar palabra alguna —se volvió a detener, aunque esta vez para tomar aire y refregarse los ojos con las manos. Su relato le costaba—. Podía ver, eso sí. No era como una parálisis del sueño. Nunca tuve una de esas, pero dicen que en esas no podes ni abrir los ojos. Esa vez no fue así, podía ver todo. Recuerdo que con dificultad observé toda la habitación, buscando la razón de lo que me sucedía. Vi la ventana abierta y me asusté. El frío era muy fuerte, me cubría todo mi cuerpo y en varios sectores sentía que la piel se me secaba, me dolía. Estaba muy desesperada y me sentía impotente, no podía gritar, no podía ni sacudirme.

"Habré estado horas así o quizás solo fueron minutos, no lo sé, no tenía cómo saberlo. Veía mi respiración. Hacía tanto frío en aquella habitación… —casi se quiebra, se tapó la boca con la mano. Ya no era una mujer fuerte, más bien parecía estar afrontando una pérdida—. Tuve espasmos, cada vez me costaba más respirar. Era todo aire frío, me hacía temblar y mi cuerpo no lo soportaba. En algún momento, no sé cuándo, ya que me era imposible saber cuánto pasó, empecé a sentir como si algo frío pasará sobre mi piel. Era como una mano helada que me acariciaba y me congelaba más de lo que ya estaba. En ese entonces dejé de pensar en el frío como algo, era alguien. El frío era un ser que estaba jugando con mi cuerpo —finalmente se quebró.

"El frío no se conformó con tocarme… el frío —estaba temblando— entró en mi cuerpo. Fue desagradable y el dolor inmenso. Sentía que mi piel se desgarraba y la helada de mi interior se expandió por todo mi cuerpo. Fue… muy doloroso. A partir de ahí no recuerdo muchos detalles… fue obsceno, fue demasiado. Cuando amaneció, mis padres me encontraron con la ropa desgarrada, con mi piel dura, seca y muy fría, y con mi vista

congelada hacia el techo, sin ver nada, sin decir nada, sin saber nada.

"Cuando volví a tener uso de la razón —para entonces ya había sacado un pañuelo y se limpiaba mientras trataba de mantener la compostura. Su rostro era un desastre, como un lienzo lleno de pintura negra—, me encontré en una habitación cerrada, blanca. Me habían internado. Pensaban que estaba loca. Creo que mis padres habían acudido a la guardia para que me ayudasen y terminaron siendo convencidos que había sido todo un trauma generado por mi propia imaginación… Tonterías —espetó con desagrado.

"A los pocos meses, comencé a tener síntomas de embarazo. El frío me había embarazado, sí. Pero para los médicos era todo psicológico. Que el niño no existía —mis ojos se abrieron mirándola incrédulo—. Durante varios meses sufrí que mi abdomen se inflara y yo sintiera que acumulaba frío. Mi cuerpo se enfriaba cada vez con más facilidad y lo sentía moviéndose, como si me llenara de hielo. Los médicos parecían incapaces de creerme y, al mismo tiempo, no se podían explicar por qué no encontraban una solución a mi estado. Eso hasta el último mes de mi embarazo. Empecé con contracciones y, a pesar de que supuestamente no nació nada, un médico me asistió en una simulación de parto. En el último puje, sentí que todo el frío acumulado en mi interior se liberaba y la sala de operaciones en las que estábamos se frisó por unos minutos. Todas las pantallas quedaron congeladas y los lentes del médico se volvieron inútiles para siempre. Obviamente, nadie pudo explicar eso, pero desde entonces no he tenido frío.

"Con la medicación que me dieron, recuperé mi estado anímico y todo mejoró. Hace un año y nueve meses que salí de ese loquero. Mi vida ha mejorado. Me encuentro muy bien de salud y conocí a un señor maravilloso. Sin embargo, no puedo evitar pensar en todo lo que viví durante ese año—sus ojos estaban tristes, su garganta seca y sus palabras eran para mejorar su propio estado—. No quiero olvidarlo, fue todo un año de mi vida. No sé qué fue, pero el frío me atormenta aún en sueños, en mis recuerdos. Vine aquí para contar mi historia, para descargarme… —sonrió, hecha un desastre, pero sonrió—. Muchas gracias por escucharme.

Cuando terminó de hablar, yo ya sabía por qué me había sonado tan familiar su rostro y estaba seguro de quién era ella. Me encontraba petrificado y el sudor me corría sin tregua. Seguramente estuviera pálido, pues cuando el resto asimiló lo que la muchacha acababa de contar, varios se dieron vuelta y se preocuparon al mirarme. Creo que algunos hasta me preguntaron si estaba bien y yo no pude contestarles. Era incapaz de despegar mis ojos de ella. Ella se dio cuenta y, así demacrada, era igual a la de mis recuerdos. En un instante estuvo a punto de abrir la boca. Supuse que en aquel momento me había reconocido, por lo que, a duras penas, traté de levantarme de la silla lo más rápido que pude. La

fuerza me falló y caí con ella al suelo. Sentía que tenía que escapar y lo hice de alguna manera.

Mis piernas reaccionaron de un momento a otro y cuando me di cuenta ya me encontraba atravesando a las corridas los pasillos que me habían llevado a la reunión. Una de las iluminarias del techo ya se había apagado y la desesperación me llenaba. Cuando llegué a la puerta de salida del edificio me resbalé con el piso mojado. El sol ya se había puesto por completo y la noche se presentaba helada, sin estrellas, con nubarrones oscuros. Miré el cielo con espanto desde el suelo e inhalé todo el aire que mis pulmones me permitieron. Me encontraba hiperventilado.

La mujer apareció en mis pensamientos como la había conocido, como una paciente, loca, del psiquiátrico en el que trabajaba. Una joven que tenía un embarazo psicológico muy vivido, muy difícil de superar. Yo la había asistido en una especie de parto para hacerle superar su enfermedad, darle a entender que realmente no había bebé. Aún recordaba el frío que había llenado la habitación durante ese tratamiento. Aún recordaba cómo mis anteojos se congelaron y partieron al medio. Aún recordaba que no dio a luz a ningún bebé. Aún recordaba que la mujer se recuperó a los pocos meses. Aún recordaba que llevaba dos años sin dormir, todo gracias al llanto y el frío de un niño que nunca nació, pero que allí estaba y lo escuchaba, todas las noches, en mi habitación.